

Luis Enrique Délano

Balmori



ERO cuándo ocurrían esas cosas? —me miró con aire de molestia. —¿Por qué no me deja contárselas a mi manera? —respondió con cierta brusquedad—. Así todo irá mejor. Después que yo termine, podrá usted hacerme todas las preguntas que quiera.

No contesté. Aún más, me propuse guardar una actitud fría, no abrir de nuevo la boca, no decir una sílaba mientras durara el relato. Pero él no se dio por enterado de mi desagrado y comenzó a contarme la historia de Balmori “a su manera”, tal como voy a reproducirla. Si el lector encuentra algunas vagüedades o que partes del relato no aparecen muy claras, tendrá que cargarlo a la cuenta del primitivo narrador, no a la mía.

—Las primeras noticias sobre el extraño millonario español Balmori no llegaron a todo el mundo, sino sólo a aquellas personas que se dan el trabajo de leer la crónica social de los periódicos, que me imagino no serán muchas. “El Mundo”, “El Comercio”, “Excelsior” publicaron, perdidas entre las reseñas de bailes, recepciones y presentación en sociedad de quinceañeras debutantes, pequeñas líneas que hablaban de la llegada, procedente de Cuba, del acaudalado caballero español don Manuel Balmori, conocido en todas las colonias españolas del continente —entre los “gallegos” de Argentina y de Cuba, los “gachupines” de México o los “chapetones” del Perú—

como un filántropo poseedor de miles de acciones en miles de prósperas sociedades anónimas. Balmori, se decía discretamente, manejaba entre los hilos económicos que surgían de sus delgados dedos, minas, fundos, explotaciones azucareras, edificios de renta, hoteles y pozos petrolíferos en varios lugares de América. Sus donaciones filantrópicas eran también discretamente realizadas: un par de cientos de miles para un hospital en México, parte de los fondos para construir una plaza de toros en Caracas, la casa en que habría de funcionar el Club Español de Montevideo, un pabellón de cirugía en la Facultad de Medicina de Bogotá.

Balmori permanecía un tiempo en México, no mucho, pues sus intereses lo llamaban desde no pocas capitales de la América española. También, de tiempo en tiempo, viajaba a España, donde bajo sus bigotazos de indiano podrido en millones se inclinaban voluntades poderosas. El propio Rey Alfonso XIII lo había recibido en varias ocasiones, decían las crónicas de los diarios, para agradecerle lo que hacía por dejar en buen pie el nombre de la madre patria en las tierras que otrora fueran orgullo colonial y provechosa fuente de ingresos para la corona española. Sobre el nombre de Balmori fue tejiéndose así una aureola de oro y leyenda hasta el extremo de que, sin haberlo visto jamás, ni siquiera en efigie, muchos lo usaban como término de comparación: "Más rico que Balmori", se decía, igual que antes "Más rico que Creso".

La leyenda se amplió considerablemente. Balmori no dejaba desgracia ajena en que no interviniera con su oro salvador. Mecenas no muy cultivado pero de bolsa suelta, estaba dispuesto a ayudar a poetas y artistas lo mismo que aliviaba la situación de una familia acongojada o financiaba el viaje de regreso a cualquiera de sus paisanos que, con menos suerte que él, había hecho una América pobre, miserable, en vez de hacerla en forma, como el propio benefactor. Las recepciones sociales que ofrecía, seguía diciendo la leyenda, eran notables no sólo por el fausto de los diversos palacios y casas en que se llevaban a cabo, sino por el ingenio que en ellas se vertía, más dorado, alegre y líquido que los propios vinos que Balmori hacía

servir en su mesa. ¡Qué mesa aquélla! Balmori, sentado entre un ministro y una belleza de veinte años, revisaba de una mirada abarcadora a sus invitados, la *crème de la crème* de México —políticos, diputados, gobernadores, altos jefes del ejército, poetas, directores de diarios, cortesanas de elevado rango, uno que otro embajador, artistas, filósofos, catedráticos, antropólogos, funcionarios de categoría—; los miraba comer los manjares que les ofrecía, entre los que se codeaban los langostinos pintos hechos venir expresamente desde el Estado de Yucatán, con el caviar Romanoff; los enormes guajolotes de Puebla, de carne liviana y jugosa a fuerza de hacer tragar al ave nueces y añejos vinos españoles, con los lechoncitos cuya piel el horno bien regulado había teñido de un color de oro viejo. ¡Y los vinos, para qué hablar de los vinos! Los productores españoles los envasaban especialmente para Balmori, pero hay que reconocer que en eso no era chovinista o xenófobo, puesto que junto a las botellas peninsulares, lo mejor que producían los marqueses del Riscal, se alzaban las encumbradas botellas alemanas con su contenido de ámbar del Rhin y no pocas botellas francesas con viejas fechas impresas en sus etiquetas. El vino se escanciaba sin mezquindad hasta la hora en que las luces del comedor eran apagadas de un solo golpe y entraba una media docena de mozos llevando en sus manos levantadas sobre la cabeza enormes bandejas en que ardían con alcohólica luz propia las tortillas bañadas en ron del mejor que se producía en Puerto Rico, en una finca de propiedad del anfitrión.

En aquellas espléndidas reuniones —ya se ha dicho— abundaba el ingenio, expresado en pláticas y discusiones llenas de armonía y claridad. Se hablaba de política, de viajes, de economía, de arte, de teatro, de libros, de heráldica, y hay que reconocer, así por lo menos lo aseguraban los felices invitados, que en todos estos temas no desdénaba participar Balmori y que lo hacía con conocimiento de causa, con ideas propias, con razones que sus huéspedes aceptaban no sólo por la cortesía que se debe al infitrión sino porque Balmori sabía hacerse entender. A veces hablaba con terrible ironía, a veces con un tono insinuante que para aquel a quien particularmente se dirigía,

resultaba lleno de promesas; a veces golpeaba la mesa y otras —y aquí está la razón de todo este relato— Balmori sabía demostrar que el prestigio del oro puede ser superior a vocaciones acendradas, a amores eternos, a prestigios bien ganados, a voluntades muy firmes, a orgullos y autoestimaciones. ¿Cómo se las arreglaba el terrible español para conseguir esto? Esa es una cuestión aparte, que le voy a mostrar contándole una reunión en casa de Balmori a la cual asistí como invitado...

—¡Cómo!... Usted estuvo...

Hablé a pesar mío, no obstante haberme propuesto callar durante todo el tiempo que durara el relato. Mi amigo me echó una fría mirada.

—¡Claro que estuve! ¿Qué tiene de raro?

—Nada, nada, por supuesto —dije evasivamente, pero él ya había comprendido de seguro que mi asombro se sostenía sobre una sola cuestión. ¿Por qué mi amigo había concurrido a las recepciones de Balmori cuando no era ministro, político, general, licenciado, poeta, banquero ni sabio, sino simplemente un comerciante, no tan próspero como para que uno se explicara su roce con personajes de la categoría del filántropo español?

—En realidad, un amigo me insinuó la cosa cierto día: —¿Te gustaría ir mañana a una recepción que ofrece Balmori? Va a ser interesante. —¿Tú puedes llevarme? —pregunté. —Naturalmente —respondió—. Soy amigo de Balmori y él me ha dicho que no hay inconveniente para que un invitado lleve a otro, sobre todo un invitado permanente como yo.

—No tengo para qué recalcarle el entusiasmo que tal convite me produjo. Al filo de las ocho de la noche del día siguiente me recogió mi amigo y en un taxi nos dirigimos hacia la colonia Roma, en una de cuyas calles más elegantes, ante un palacete amplio, precedido de enorme y bien cuidado jardín, el automóvil se detuvo. La casa me pareció un poquito recargada, innecesariamente barroca, pero me guardé la reflexión pensando que no siempre los hombres súbitamente enriquecidos tienen gusto muy sólido. En la calle, una

larga fila de automóviles elegantes hablaba de la categoría de la recepción. Dentro, un espeso gentío repletaba los salones de la casa. A Balmori lo vi al comienzo sólo de lejos; no hubo oportunidad para serle presentado. Pero después me alegré de esto, por lo que usted a su debido tiempo verá. Confieso también que la esmirriada estatura y la insignificancia física del millonario me decepcionaron. En realidad, nunca la prensa había publicado su fotografía ni yo tenía mayores noticias sobre su constitución externa, pero inconscientemente asociaba la idea de los millones con un hombre alto, arrogante, de porte casi arrollador. Y he aquí que me encontraba ante un sujeto achaparrado, delgadito, vestido de negro, con una cadena de oro que iba de uno a otro lado de su hundido vientre, con una cabezita pequeña y pálida en la que sobresalían sus erguidos bigotes, que poco se diferenciaban de los de cualquier general allí presente, y unos ojos oscuros y brillantes. Llevaba puesta una boina; esto me pareció raro y lo hice notar a mi invitante. Este me aseguró que hay muchos españoles que la usan permanentemente, tanto en las calles como bajo techo, lo cual no tiene nada de particular.

—Supongo que te habrás fijado —añadió— que un indú no se quita jamás el turbante, ni aun en el templo, y que los árabes conservan siempre puesto el fez...

En ese momento entró al salón un personaje —después supe que era un embajador sudamericano— acompañado de una pareja muy joven. Eran novios, a todas luces; eso se conoce en la forma en que sus manos se apretaban y en que los novios aprovechan la menor oportunidad para rozarse todo lo que pueden. El diplomático los presentó a Balmori, quien los acogió de buen grado. Parece que la joven le causó excelente impresión, pues desde ese momento no se apartó de ella. La tomó de un brazo, pero no del brazo o del codo, lo que habría podido considerarse una actitud paternal, sino del antebrazo, oprimiendo su mano muy cerca de la axila de la muchacha, cuyos encantos eran realzados por un escotado traje de seda. Todo el tiempo Balmori estuvo junto a ella, en una labor que si no era de descarada conquista, no sé lo que era. El novio se mantenía cerca,

sonriente, mostrando un orgullo un poco estúpido porque su amada había impresionado tan agradablemente a Balmori.

Después de varias corridas de Martini, *whisky sour* y canapés, pasamos a la mesa, una gigantesca mesa en un enorme comedor. Me pregunté cómo cabrían allí setenta u ochenta personas, que eran las que asistían a la fiesta; pero pronto noté que los *maitres* vestidos de frac invitaban a muchos convidados a pasar a un comedor vecino, donde otras mesas tan ricamente servidas como la principal los aguardaban. Yo tuve la fortuna de encajar en la de Balmori, lo bastante cerca del personaje para recoger todas las extraordinarias cosas que allí ocurrieron. En una ocasión el español, que continuaba con la boina encasquetada, clavó sus ojos negros y relucientes sobre mí. Me sentí mal, pensando que iba a preguntarme quién era o qué hacía allí. Pero no ocurrió nada de eso. La atención del millonario estaba reservada para personas más importantes que yo.

Así fue como entre el desfile de ricos platos, Balmori, que comía poco y casi no bebía, se trabó en diálogo con un hombre a quien reconocí de inmediato, porque muchas veces había visto su fotografía en los diarios y su autorretrato en las exposiciones de pintura: el pintor Yáñez Pidal, que por aquella época vivía sus días de gloria. Hay que hacer notar que esta gloria se le había subido un poco a la cabeza y eso lo comprendía cualquiera que leyera sus audaces declaraciones a los diarios, en las que él mismo se clasificaba como el pintor cumbre de México, muy superior, por cierto, a Rivera, Orozco, Siqueiros y demás artistas que empezaban a llenar de imágenes y de historia los muros de la Ciudad de México. "Yáñez Pidal se cree la divina Garza" era una graciosa frase que flotaba en el ambiente. Esta vez un simple españolito de un metro cincuenta lo obligó a descender de su barato Olimpo a la dura tierra de los mortales.

—He estado pensando —le dijo Balmori, cuya voz era delgada, un poco afeminada— en hacer una donación, una especie de beca para que un artista vaya a estudiar durante un año en Europa...

Los ojos de Yáñez Pidal brillaron.

—¡Espléndida idea, señor Balmori! —exclamó—. Nada como un

viaje a Europa puede ayudar tanto a un artista. La lección del viejo mundo, las obras de los maestros, los museos, todo eso es no sólo necesario, sino indispensable para su perfeccionamiento...

—No, no me refiero a eso —dijo Balmori con cierto desdén, colocando delicadamente su mano sobre la de la novia, a quien había sentado a su lado—. Hablo de estudios, no de perfeccionamiento... Creo que este viaje le calzaría a usted...

—¡Sería maravilloso! —interrumpió el artista.

—...porque sus cuadros revelan realmente que todavía le falta mucho para llegar a ser lo que yo llamo un pintor...

Balmori hizo como que no veía el avinagramiento que había tomado posesión de la cara del arrogante Yáñez Pidal y prosiguió implacable:

—Su dibujo es muy imperfecto, su colorido es chillón, sus temas están compuestos desordenadamente...

Todos los ojos estaban clavados en el pintor. Yo pensé que iba a saltar de su asiento, que su amor propio se iba a imponer sobre la seducción del viaje a Europa que insinuaba Balmori a través de una grosera cadena de críticas evidentemente injustas y denigrantes. Pero nada de eso ocurrió. Yáñez Pidal logró tragarse el rencor y la molestia y dijo sonriendo:

—Me gusta oír críticas desinteresadas y de personas conocedoras del arte, como realmente es usted, señor Balmori. En efecto, creo que me falta mucho para llegar a ser un gran pintor...

—Yo creo que no lo llegaré a ser jamás —apuntó Balmori en su tono de siempre, sin levantar demasiado su atiplada voz—, pero es indudable que un viaje de algo le servirá... Recuérdemelo después de cenar; tomaremos las medidas para que pueda ir a estudiar en Europa...

—¡Gracias, muchas gracias, señor Balmori! —dijo el pintor—. ¡Esto es magnífico!... Me ayuda usted a realizar un viejo sueño.

Pero estas humillaciones salían sobrando, porque ya Balmori no se fijaba en él, sino que entregaba toda su atención a la hermosa joven que había sentado a su lado. Sus ojos la recorrían con evidente

impudicia, desde el cabello dorado por luz propia, hasta los ojos oscuros y fulgurantes; se detenían en la apetitosa boca y bajaban hacia el escote, hacia el pecho lechoso y erguido de la muchacha. Su mano se había apoderado de la de la joven de un modo más o menos definitivo.

La leyenda no hablaba de este rasgo de la personalidad de Balmori, esa especie de vampirismo que se proyectaba ahora sobre una mujer treinta años menor que él. Miré al novio, que asistía en silencio, sin protestar, a estas maniobras. Hasta sonreía a ratos, como diciendo: ¡Quién iba a creerlo, ¿no?, que el señor Balmori fuera tan aficionado a las muchachas, a sus años! ¡Hay que vivir para ver!

—Y a propósito de viajes —decía el millonario a la joven, sin cuidarse de que quince personas, cuando menos, las quince más próximas, incluido entre ellas el novio, lo escuchaban—, voy a tener que trasladarme a Nueva York por algunos meses... Nueva York es una ciudad apropiada para una joven tan linda como usted, amiga mía... ¡Esa sí es una ciudad para el lujo, los trajes, las joyas! Tendría que darse usted una vuelta por la Quinta Avenida, querida joven (su mano iba subiendo lentamente, como una araña, por el brazo de ella), conmigo, los dos solos, por los salones de los modistos y los joyeros más famosos de Nueva York... Bastaría una tarde, una sola tarde allí, para que usted saliera deslumbrante, convertida en una princesa, con verdaderas joyas y no esa ferretería de Pátzcuaro que lleva usted colgando de sus hermosas orejas y en su espléndido cuello...

Nunca había visto algo igual: el viejo sátiro tentando con sus millones a la frágil y deslumbrada adolescente, a vista y paciencia de todo el mundo. Ella sonreía embobada, entreviendo el panorama de esplendoroso lujo que Balmori le ofrecía. Sin hacer nada por evadirse de la órbita viciosa y maligna en que la encerraba el español, ella volvió un instante los ojos hacia su novio, no para buscar fortaleza en la mirada del hombre amado, sino simplemente para señalar su presencia. Balmori comprendió.

—¡Ah! —dijo el millonario, despegando a disgusto los ojos del

espectacular escote de la joven—. Ah, su novio, es verdad... Se volvió hacia éste. ¿Cuál es su oficio, joven?

—Estoy a punto de recibirme de ingeniero —contestó el novio.

—Espléndido —aseguró Balmori sin mucho entusiasmo—. Usted es el hombre que necesitaba. Da la casualidad que estoy buscando un ingeniero que se haga cargo de la terminación de una línea férrea en mis posesiones de Maracaibo, en Venezuela... Es un buen empleo, créamelo. Pago mil dólares mensuales, pero exijo que quien lo tome, salga mañana. Pasado mañana zarpa un barco de Veracruz a La Guayra y en él habría de embarcarse el interesado. Le daré un adelanto de seis meses de sueldo y todos los gastos de viaje y estancia en Venezuela pagados... ¿Le conviene, mi amigo?

El novio dijo inmediatamente que sí. Yo miraba a mis vecinos de mesa buscando en alguien el mismo sentimiento de humillación y de asco que yo sentía ante esa infernal transacción que se había realizado pública y groseramente y en la cual Balmori acababa de comprar una muchacha a su novio, quien la entregaba alegremente, con la misma alegría con que ella se dejaba vender; pero nadie escupía, nadie se había puesto pálido; mis vecinos sonreían, hablaban entre sí, bebían los ardientes vinos españoles o los fríos vinos alemanes y observaban risueños como Balmori, ya dueño indiscutido de la muchacha, la sobajaba por encima de la mesa y acaso también por debajo de ella.

El desenlace vino más tarde, cuando los comensales hubieron abandonado a los criados los restos del banquete. Algunos parecían un poquito ebrios. El amigo que me había invitado me tomó del brazo cuando le dí a conocer mis deseos de marcharme.

—Espérate, imbécil —me dijo—. Falta lo mejor.

Y realmente lo mejor iba a ser lo que seguiría. Balmori se había instalado en un sillón sobre una especie de estrado cubierto por una alfombra; algo parecido a un trono. Allí fue donde subió un hombre vestido de militar a quien me pareció conocer.

—Es el coronel Ramírez, el Subsecretario de Guerra —me dijo mi amigo,

El uniformado sonreía, disponiéndose, al parecer, a pronunciar un discurso. Esperó que las voces se acallaran y entonces dijo:

—Señoras y señores, lo que viene ahora está destinado a los nuevos huéspedes, a las personas que por primera vez acuden a las recepciones de nuestro ilustre anfitrión don Manuel Balmori. Los que han venido otras veces conocen perfectamente el fondo de humor, de psicología y de vacilada que hay en todo esto. Los nuevos huéspedes, los recién iniciados, si así pudiera decir, tendrán que sobrellevarlo con buen humor y calma, si quieren volver a esta casa y participar en nuestras reuniones...

Se volvió hacia el impávido Balmori y vimos entonces un extraordinario espectáculo: de un tirón éste arrancó su bigote y con un movimiento de la mano se quitó la boina: una larga mata de cabellos femeninos rodó sobre los hombros del falso millonario...

—Les presento a nuestra querida amiga Conchita Gutiérrez —dijo el militar—, maestra de la Escuela número 66 del Distrito Federal.

Entre las carcajadas de los viejos iniciados y sobreponiéndome a la sorpresa, busqué con los ojos a las tres víctimas de la sórdida broma. El pintor Yáñez Pidal, que se había instalado cerca de Balmori seguramente para recordarle su promesa, estaba pálido y vacilante, como a punto de caer. La novia, también junto a su seductor, abrió enormes ojos, incrédula, los clavó en Balmori, que se había transformado en una humilde y sonriente mujercita de cuarenta años, y luego se echó a llorar. No me fue posible ver al novio, al frustrado ingeniero de Venezuela, entre tanta gente como la que llenaba el salón, pero me imaginé que también su corazón estaría lacerado por la siniestra "vacilada".

—¿Te fijas, has comprendido? —me preguntó mi amigo—. Balmori no existe, no ha existido jamás sino en la imaginación de Conchita... Ella inventó al personaje, algunos periodistas le ayudaron a darle vida, a crear su leyenda y luego, uno a uno, todos hemos ido cayendo en el juego: todos somos "balmoriados", ¿comprendes?

—Sí —dije, confuso aún—. Lo que no entiendo es que nadie se rebele... Ese pintor a quien han humillado... Ese novio...

—¿Por qué? —repuso mi amigo con una calma que me pareció espantosa—. No han hecho otra cosa que recibir una lección que los ayuda a conocerse a sí mismos y a abrir los ojos a la realidad. ¿No creer que le está bien empleado a Yáñez Pidal al revolcón que le dio Conchita, la herida en su diabólica vanidad? . . . En cuanto a esos novios . . . ¿qué? Sencillamente no se querían bastante, eso es todo. De otro modo no habría consentido ella en dejarlo por vestidos y joyas ni él en cederla a cambio de un empleo jugoso . . . No, no estaban hechos el uno para el otro y Conchita quizás les hizo un favor al abrirles los ojos a la realidad . . .

Admiré aquella filosofía, ese juego turbio creado por el sadismo de una mujer que pisoteaba una vez por semana los sentimientos humanos, el orgullo, el amor, todo lo demás.

—Una vez un licenciado lo tomó a ofensa y cuando se dio cuenta de que había sido “balmoriado”, sacó la pistola y disparó sobre Conchita, que acababa de quitarse la boina . . . Afortunadamente alguien le desvió el brazo y la bala fue a perderse en el techo . . . Después comprendió su error, ofreció excusas y hoy es uno de los que nunca faltan a las recepciones . . .

—¿Y cómo es que nadie ha revelado el secreto de Balmori?

—Porque todos, cual más, cual menos, son “balmoriados”, ministros, diputados, banqueros, diplomáticos . . . Si a ti te “balmoriaran”, ¿irías a contárselo a todo el mundo? No, ¿verdad? Preferirías callarte y asistir semana a semana al “balmoriamiento” de otros . . .

—Sí —dije pensativo—. Y estas casas, y estas comidas, y estos licores, ¿quién los paga?

—Entre todos, por cuotas. Ya ves que viene gente muy rica, diplomáticos para quienes un cajón de *whisky* es una bicoca, banqueros, hacendados . . . Una vez, pero no se lo cuentes a nadie, tuvimos aquí al propio señor Presidente . . .

—¿Y Conchita?

—Ya lo ves, es una humilde maestra. No tiene otra fortuna que su sueldo de ciento sesenta y seis pesos al mes, pero es rica en inven-

tiva, en ingenio. Hay que verla desenvolverse en las situaciones más difíciles... ¿Pero qué te pasa, hombre? ¿Quieres un trago?

No quería nada. Me hallaba tan deprimido que sólo deseaba marcharme.

Abandoné la casa al mismo tiempo que la infeliz pareja "balmoriada" aquella noche. Iban en silencio y separados los que habían llegado estrujándose las manos de ternura. El ingeniero hizo llamar un taxi y la joven subió.

—¿Quiere que la acompañe hasta su casa? —preguntó él tímidamente, como si hubiera sido la primera vez que le hablaba.

—No, gracias —contestó la muchacha—. No hay necesidad.

El automóvil se alejó, él se quedó de pie en la acera, pensativo. No había que ser un lince para comprender que ese era el fin definitivo y amargo de un amor.